

La mañana del náufrago y otros poemas

Henry Valencia Monedero

Modalidad: Poesía

SANTIAGO DE CALI

SECRETARÍA DE CULTURA
GOBERNACIÓN DEL VALLE DEL CAUCA
PREMIO JORGE ISAACS 2017

Gobernación del Valle del Cauca

Dilian Francisca Toro Torres
Gobernadora

Isabel Cristina Restrepo Erazo
Secretaria de Cultura

Catalina Rebolledo Borrero
Subdirectora Técnica

La Mañana del Náufrago y otros poemas
© Autor: Henry Valencia Monedero Colección Autores Vallecaucanos

Jurado calificador Concurso Autores Vallecaucanos - modalidad poesía
Juan Manuel Roca, Horacio Benavidez y Cristina Valcke

Diagramación e impresión:

Imprenta **Departamental**
IMPRETIC'S

www.imprentadepartamental.gov.co

Fotografía carátula: Edward Lora

Correctora profesional de estilo: Susana Nivia Gil

ISBN: 978-958-57028-8-2

Todos los Derechos reservados de autor; queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, sin permiso de los editores o su autor.

Editor: Secretaría de Cultura Valle del Cauca
Edificio San Francisco, piso 2 - Tel. 886 00 63

Cali, Colombia, Diciembre de 2017

CONTENIDO

Prólogo: William Ospina	7
La mañana del naufrago	17
Mínimas.....	37
Días de parque en el año de la serpiente	43

A Massú Monedero Tascón,
generosa, inteligente

*“Todo se gana y se pierde,
se pierde y vuelve a ganarse,
como si cada día estuviera presente en la creación”*

J.P. Bishop

Sólo vine a mirar el jardín

La poesía de Henry Valencia

William Ospina

En 1976 fui asignado para trabajar como promotor de cooperativas agrícolas en el Cañón del Patía. Debía reemplazar en Mercaderes, Cauca, a un funcionario que sería trasladado. Cuando llegué a Popayán, aquel desconocido no había dejado todavía su puesto, y tuve que esperarlo varios días. Yo imaginaba a un señor curtido por los soles del cañón, experto en formas asociativas campesinas, que me explicara qué debía hacer yo en aquellas montañas ardientes, amarillas de cultivos de maíz, en sus aldeas de belleza y pobreza casi bíblicas. Lo que apareció fue un hermoso muchacho de veinte años, que venía de cabalgar por las altas llanuras de la Hoz de Minamá, de conocer bosques y gentes misteriosas, y tenía tantas cosas que contar que pasaban los días y yo nunca viajaba a asumir mi puesto, porque una amistad naciente me retenía en Popayán, en sus atardeceres espléndidos y en sus nubes macizas como piedras blancas. Pronto comprendí que yo no había ido a trabajar en la Reforma Agraria, que por otra parte no llegó nunca, sino a conocer a algunos de los amigos más entrañables de mi vida. Henry Valencia era aquel compañero de trabajo que me deparó la vida, y años después, cuando ya la Reforma Agraria se había desvanecido como un sueño, y el Patía, y Mercaderes, y las tardes de Popayán eran recuerdos de otra edad, Henry seguía siendo mi amigo de cada día, mi compañero de asombros literarios, lector de mis manuscritos, y el lector más apasionado y voraz que he conocido. Siempre me trataba como si yo fuera el escritor,

pero yo sabía que él era un poeta secreto, que sabía todo de la poesía pero que se daba el lujo de no escribir, porque le bastaban los versos que leía, las resonancias verbales que lo desvelaban en la noche, que hacían arder como hogueras sus ojos azules. Compartimos todos los libros, hicimos al mismo tiempo el duelo por nuestras novias perdidas, oyendo canciones de Serrat y de Paco Ibáñez, remontando los cerros de Popayán, y leyendo a Barba Jacob, a Borges y a John Peale Bishop que renacían como la luna en cada atardecer. Durante veinte años fuimos cada uno la sombra del otro, y en tantas noches de conversación fui aprendiendo cosas de sus vidas pasadas, de su infancia en Palmira, de sus mocedades en Bogotá, de sus fiestas y tertulias con Antonio Morales, de sus amores borrascosos, sus aventuras políticas y sus amistades delirantes, y tuve la oportunidad de ser testigo de la más intensa y misteriosa relación con las palabras que he conocido. También fue una experiencia memorable para mí, y una lección literaria, la correspondencia que sostuvimos, desde los tiempos en que yo vivía en Cali y él en Bogotá, hasta los años que viví en Europa y era Henry quien mantenía vivo mi contacto con un país que parecía deshacerse en la distancia.

Un día dejamos de vernos, cada quien tomó su rumbo, pero no perdí nunca la conciencia de que aquella alma gemela seguía fiel a los mismos asombros y las mismas preguntas, y un día supe por fin que había comenzado a escribir. No abundaba como yo en borradores, en poemas vacilantes que perdían su rumbo. Él sólo escribía cuando tenía que hacerlo, y las palabras le llegaban cargadas de una intensidad singular, dueñas de su peso terreno, como si no fueran palabras sino hechos, realidades y estremecimientos.

Henry, como algunos de los poetas que ama, después de una vida múltiple, aventurera, apasionada, errante, atormentada, decidió reducir su ámbito vital a un espacio mínimo: las casas de su familia, las calles y los parques de su ciudad, los patios de árboles míticos de su infancia. Así como Emily Dickinson parecía encontrar en su jardín todas las cosas del universo, Henry vive en los dominios de la percepción, de la contemplación, de la perplejidad y del pensamiento, experiencias para las que otros necesitamos ciudades y mares y países. En su vocabulario las palabras tienen unos colores que no ofrecen a otros, una misteriosa capacidad de aliarse para producir realidades desconocidas. El no ve ni oye el avance de la tempestad, él siente su aroma:

*Y presentí venir la tormenta,
ese olor a tierra en el aire,
ese olor a musgo en el aire.*

Hace caber en pocos versos las complejas contorsiones de un naufragio:

*Doce desamparos aferrados a la intemperie,
con rezos, con culpas, con ruegos,
con uñas...*

Él sabe mostrar en una imagen la realidad completa del naufragio que emerge

Lívida la cara, algas entre los dientes.

Este libro, *La mañana del naufragio*, acaba de recibir el premio de Autores Vallecaucanos en el Centenario de la obra de Jorge Isaacs, pero es fruto de largos años de experiencias

poéticas hondas y precisas. La naturaleza está siempre presente en sus versos, pero nunca como mero paisaje, siempre como una visión mitológica, como una experiencia ancestral:

*Cuando era un niño
decían que el cielo de mis mayores
era ese
tupido y arqueado y opresivo
cielo
de hojas de todos los colores
que gobernaban
sobre nuestras cabezas...*

No anda buscando a los dioses, pero por ello es más conmovedor y deslumbrante cuando los encuentra:

*Debajo de raíces y piedras
había dioses...*

Le basta una frase para expresar el poder paralizante y mágico que obran sobre él las sensaciones del mundo

Esa flor cuyo olor me detenía

Y cuenta sin contarlas, bosquejándolas en el aire, historias sin secuencia que son su propio desenlace:

*La última vez que lo vi
subió a una chalupa
y el río no amainaba
ni la tempestad.*

Le basta cambiar el tiempo de la conjugación de los verbos para revelar un sentimiento, un estado del alma:

Hubo un río, había un río

Y basta este poema para medir la hondura y la altura de su lenguaje poético:

*Caminé por la cintura de la costa
arrancándoles canoas a los manglares.
Deliré en un alcohol infame.
Olí hembras de fango entre los moluscos.
Vi el amanecer
como puede verlo una hormiga:
el universo, una hoja,
los arreboles, su dios.
Y quebranté el canon,
la palabra sagrada.
No le imploré al gran árbol de los árboles,
no le imploré
a sus ramas y a sus frutos,
no le ofrendé mi sangre
por hundirme en su vientre oscuro de cáscara,
no canté
como acostumbraba mi pueblo
para que volara ágil
entre las borrascas,
no supe urdir con mis manos de musgo.*

Una realidad que nos excede, que nos desborda, que nos revela todo su poder en turbias sensaciones y opresivas atmósferas, la conciencia de unas profanaciones que no podemos impedir pero que no consiguen privarnos del

don ni del sentimiento de lo sagrado, que nos asoman a una suerte de responsabilidad trascendental y también a la conciencia trágica de nuestros límites, unos anhelos y unas frustraciones que bastan para el desaliento pero que no alcanzan para la aniquilación, un dolor que edifica un sentido, una impotencia que erige sin embargo su sacralidad, son cosas que sentimos en ese poema, y que nos asoman a la ebria desmesura de nuestra condición humana.

La segunda parte del libro, *Mínimas*: son poemas en prosa, breves, condensados, que entregan sin embargo realidades totales.

Poema 5

Sobre la ladera fangosa, de cara al mar, en la noche, las quietas y alargadas sombras de las cruces, el rústico cementerio de los pescadores. Y la hierba vívida creciendo en las nutricias manos de los muertos.

Es como si durante millones de años los ciclos de la vida hubieran podido discurrir por sí mismos, y a partir del momento en que el ser humano irrumpió en el mundo, ya hubiéramos empezado a ser parte de las fuerzas que mantienen el equilibrio de todo, y que proveen su misterio.

Después, este poema que habría querido escribir Rimbaud en la víspera de sus fugas extremas:

Poema 9

Proas innumerables, violetas, rosas, grises, tenues, lentas, acuosas; agujones que la aurora hince en la iridiscente carne del mar.

Y finalmente este destello, que habla de la familiaridad de las devastaciones y de la confianza que deposita la vida en los residuos de firmeza del universo:

Poema 16

*Mientras la irrisoria morada de barro y arena resista,
el cangrejo regresa.*

Henry podría resumir su experiencia poética en esa hermosa frase de Lewis Carroll que ha utilizado como epígrafe: “Sólo vine a mirar el jardín”. Esa modestia de la poesía, ese deseo de no perturbar las cosas del mundo, de no alterar, de sólo dar testimonio del esplendor y de sus minuciosos milagros, nombra muy bien esta vocación infinitamente delicada de respeto por lo esencial, de perplejidad casi aterrada ante los prodigios del tiempo, de desconcierto y de celebración, que la poesía de Henry Valencia trasmite en cada una de sus palabras. La vocación de quien aspira a ser solo el asistente del dios o su testigo, el que quiere limitar su tacto a la pupila, y que sin embargo asume el deber de dar testimonio, para lo cual tiene que ser cada día un aplicado observador y un riguroso aprendiz, y sabe escuchar los dictados de la voz que habla sólo con signos:

*Aquel insecto
arbóreo
detestable como una plaga o una fiebre
cuyo almizcle
también es una defensa,
cae y cae sobre esta página
como indicándome
qué palabra debe tachar.*

Hay un recurso poético poderoso y difícil, que es el de formar una totalidad con unos pocos trazos, lograr que unos datos al vuelo formen en la mente del lector toda una historia. Lo que consigue siempre Robert Browning con esos versos que avanzan como el cinematógrafo por imágenes discontinuas. Es lo que nos ofrecen estos versos de Henry Valencia:

*Oh distraída paloma
Ay las fauces sangrientas,*

y que nos recuerdan aquellos versos magistrales de Shakespeare, que delatan la perfidia:

Mirad cómo llora rojo mi espada por la muerte de este buen rey.

Pero la poesía de Henry también sabe crear realidades, produciendo asociaciones mágicas:

*Arco iris
que abasteces de asombro
y de milagro mis ojos
Es
porque en alguna parte
acaba de nacer un venado.*

Henry no sólo ve el aguacero que se ha quedado detenido en las hojas, sabe contrariar los hábitos de la mente con algunas evidencias abrumadoras:

*Hasta los buitres
detestan la muerte
hasta el último gusano
es alimento.*

Y fiel a las lecciones de Gibbon y de Marcel Schwob sobre el poder de lo sensorial y de los detalles, sabe darnos una clave para la reconstrucción de la historia:

*Entro en la galería
una plaza de mercado
y lo primero que se activa en mí
es el olfato.
Regresa a mi memoria
todo
es decir
lo mismo
antes que mis ancestros
imaginaran
la geometría y las pirámides
y el amor.*

También promesas consoladoras nos aguardan en sus versos:

*Pensamiento mágico
el de la selva.
Hay un hongo específico
un alimento sagrado
y letal
para que cada plaga
no agote
su propio universo.*

Uno puede creer que ha renunciado a todo, pero si no ha renunciado al lenguaje, a la poesía, tiene en sus manos esa presencia total de las cosas, esa magia esencial y su poder de origen. Vuelvo a leer a Henry Valencia. Pienso en ese muchacho que conocí hace ya tantos años, y siento que ya estaba en él la intensidad que ahora nos aguarda en sus versos. Había cabalgado por una llanura altísima que iba cubriendo el anochecer, venía del extravío, de la libertad, de la solitaria vigilia, llevaba veinte años de aventura, y en las noches su lenguaje era fogata y conjuro, duelo, memorias escondidas y fecundas semillas. Era la fuerza de la vida y la vecindad del milagro. En los libros, en las palabras, en la conversación, en la gestación de una lengua poderosa, era ese amigo que todo poema necesita, un oído vigilante y alerta, una pasión irreductible, un fuego que permanece en el centro del maizal, en lo alto de la colina. Ese origen misterioso que viene de la noche junto a las fogatas, del viento sobre los sembrados, de la luna embrujada en los patios de la niñez, de unas ceremonias en las que estuvimos antes de ser cuerpos, cuando éramos sólo un sonido en el viento, la sombra de esas pirámides rojas, esas ventanas entre las grandes piedras, el ojo de agua que se abre y es el cielo, el ojo de fuego de la torcaza que huye, la quemadura, el beso, la ráfaga de plumas al atardecer, el canto que alivia y que cura, el conjuro tibio de la tribu, el dios que tiembla en el vino, el fango que agita la canoa, las uñas de hielo bajo la luna, las ardillas que interrumpen la siesta, todas esas cosas que estremecieron la infancia cuando el futuro nos rozó la frente.

La mañana del náufrago

A Marcos Nivia

I

Entonces
yo he mirado la muerte a los ojos.
Cuando vi la cara del náufrago,
yo he mirado la muerte a los ojos.
Por esas playas del Pacífico,
yo he mirado la muerte a los ojos.
Entre Juanchaco y Ladrilleros,
entre esta esquina y la otra esquina,
solo, solitario,
entre esta esquina y la otra esquina,
yo he mirado la muerte a los ojos.

De cara a los acantilados
mientras el mar se encabritaba
no sé a qué hora de la noche
o la madrugada
yo tejía sueños
con la laboriosa inconstancia de la arena
de cara a los acantilados
y presentí venir la tormenta,
ese olor a tierra en el aire
ese olor a musgo en el aire
esa humedad de hembra del aire
que nos advierte
que nos invade
que se apodera de nosotros.

De panza al sordo cielo
una larga canoa oscila
entre la vida y la vida.

Doce peregrinos, doce almas,
doce desamparos aferrados a la intemperie
con rezos, con culpas, con ruegos,
con uñas.

Yo vi al peregrino
yo oí el canto
el canto
el canto sagrado
vi cómo se rompía en mis ojos
vi cómo se deshacía en ciegas aristas.

Yo vine desde el fondo
esta hermosa mañana
a esta humilde casa
lívida la cara, algas entre los dientes.

II

Verde y larga hoja dentada como un cuchillo,
el cimarrón,
y el perejil y el cilantro
aromáticos ellos,
y una hoja dentada
como un cuchillo
que huele a vida, a ganas de estar vivo.
Y cilíndricas rodajas
de cebolla y puerros, y diagonales tajadas
de sangrientos tomates.

En la víspera
un estruendo de chicharras
que agrieta al aire
todo queda inmóvil
una oquedad.

Con aceite de palma de cera
y una pizca de ajo y una pizca de sal
y un gramo con granos de pimienta negra,
a fuego lento
nutrido
con la corteza respirable del árbol
cuyas flores son
el blanco y el púrpura,
el hervor de los garbanzos,
el sabor caliente en la lengua,
humo
que me niebla los ojos.

III

¿Es esto un sueño? ¿Estoy soñando?
Los árboles duermen
con ese resplandor cobrizo de perla del Pacífico,
con esa luz cambiante y turbia
de aguas del Pacífico
antes de la separación de las aguas
entre el verde oscuro y el azul oscuro
cuando me encuentro en paz con mi alma.
Los árboles duermen
hasta el gris, hasta el pardo tierra,
cuando se encabrita el potro rojo de mi sangre
como estas arenas cimarronas de playas del Pacífico.

Y una brisa húmeda y amarga
viene a saciar esta sed y no me alivia
y este dolor y esta ausencia.

Ya sé que en un instante
el tumultuoso sueño de otro sueño
me extraviará en otros labios.

IV

Mis ojos guardan un color
lo que queda al fondo de esos pozos quietos
ojos de agua
légamo
después del aguacero, en la selva.

Mis ojos son sesgados y distantes,
eso me dicen esos ojos de agua de la selva,
y me siento extranjero en este cuerpo oscuro
que es alto, musculoso, altivo.

V

Cuando era un niño
decían que el cielo de mis mayores
era ese
tupido y arqueado y opresivo
cielo
de hojas de todos los colores
que gobernaban
sobre nuestras cabezas,
y que huele a verde y a barro,
que se parece a un animal
cuando mambeamos
que se parece a un sueño
cuando mambeamos,
a ese repetido cielo
que me perturba, todavía hoy,
que nos mira desde charcos de agua dulce
con ojos que espían
ojos fijos, fríos, fugaces.

VI

Me pregunto,
esa mujer de los ojos feroces
que me obligaba a seguirla
que nunca me cogió de las manos
que era hermosa, la más hermosa,
que no me perdía de vista
que descifraba mi olor de niño en el aire
cuando me distraía en mis juegos de niño,
que será de ella ahora,
quién será ella ahora,
ahora, en este instante.

VII

Debajo de raíces y piedras
había dioses
ríos
selvas
que le daban rostro a esta discordia.

Oscuras y amargas cicatrices
que tienen un rostro
en mis mejillas oscuras.

VIII

No sé cómo
contar o cantar
a esta hora de la mañana
mientras llovizna
cuando las ardillas
voladoras
siembren por mi sueño
noticias de la selva.

Que ella estuvo al borde de morir
en esa otra orilla
al borde de morir.
Que esa flor cuyo olor me detenía
florece.
Que Guagua, el mico, mi mascota,
que nació
la misma luna en que yo nací
ha muerto.

No sé cómo cantar o contar
esta encrucijada
la selva.

IX

La última vez que lo vi
llovía a cantaros
como en el diluvio,
y me miró, lo sé, porque yo no pude evitar
mirarlo
una eternidad.
¿Qué me decía esa mirada,
qué le decía?
Aún no acabo de entenderla, de entenderme.
¿Por qué nos abandonó, por qué la abandonó?
Coraje, ¡no tuvo el coraje!

La última vez que lo vi
subió a una chalupa
y el río no amainaba
ni la tempestad.

X

“Preguntas tiene el corazón”
Antonio Colinas

Nada qué ofrecer
Nada qué ofrecerle
Sino unas cuantas, pálidas palabras.

Hay algo en sus manos
había algo en sus manos
un color
algo
África avanzando
y Arabia de canela y sándalo
y ese otro continente
que se resiste
que se repliega
que nos ignora.

XI

Cuando la luna crece
o amaina
cuando la hierba huele
gota a gota
y tu pubis
de musgo
me nombre.

XII

Hubo un río, había un río,
con el color de tus ojeras
y en tus ojos
la corriente
un rumbo incierto
el de tus ojos
un rumbo cierto.

XIII

Vacío
vacío
en las palmeras
que parecen saludarme
vacío.
La luna que me mira
y vacío.
Camino bajo esa luz
me invento
soy yo
me invento.
Las palmeras, la luna, deambulo,
camino bajo otra luz,
deambulo.

XIV

Ayer
apenas ayer
ella me lo dijo.
Que no debía embarcarme
me lo dijo.
Años sin verla, y vino a decírmelo,
que no debía embarcarme.
Nadie, nunca, nadie
me indicó un rumbo,
y ella vino a decírmelo.

XV

1

Lo vi, en serio, lo he visto,
años después.
Era el guerrero, el último.
Ahora lo entiendo
cómo y por qué
se demoraron tanto en diezmarnos.
Él recordaba su rabia de no haberlos muerto
histriónicamente
y cantó
y mientras cantaba
un frenesí
apoderándose
apoderándose
un frenesí, un único fraseo,
un canto irrepetible
repetido
repetido
muchas veces

Como una rabia
la rabia otra vez
mágica
mortal.

2

Caminé por la cintura de la costa
arrancándoles canoas a los manglares.
Deliré en un alcohol infame.
Olí hembras de fango entre los moluscos.
Vi el amanecer
como puede verlo una hormiga:
el universo, una hoja,
los arreboles, su dios.
Y quebranté el canon,
la palabra sagrada.
No le imploré al gran árbol de los árboles,
no le imploré
a sus ramas y a sus frutos,
no le ofrendé mi sangre
por hundirme en su vientre oscuro de cáscara,
no canté
como acostumbraba mi pueblo
para que volara ágil
entre las borrascas,
no supe urdir con mis manos de musgo.

XVI

¿Han visto ustedes
ese diamante de la luz cuando la luz
se sobrepone a la sombra de la luna?

¿Han visto ustedes
el abanico de pavo real que anuncia
el crepúsculo de la mañana?

¿Han oído ustedes
cuando el mar
un día, cualquier día, de sus sueños
les murmura:
No eres tú un fruto maduro, no hoy,
aún no, hoy no,
porque no sabrías ser ola?

Y entonces me orientó
en la madrugada
ese parpadeo de guayacán
en la colina amarilla,
ese vuelo contrario de garzas en mis ojos
me orientó
entre esta borrasca y olas tormentosas.
Tu nombre
tu nombre
dulce como agua de manantial
me trajo a esta orilla
entre la niebla.

Mínimas

A Javier Monedero Gallego

1

A lo lejos, muy lejos, como al despertar de un sueño de piedra, las desafiantes moradas humanas, sólidas, agresivas, atareadas, ignorando la marea sutil, la humedad y el alba mortales.

2

Pienso que nuevamente veré la entrega altiva del alcatraz a la muerte, ciego, de alas extendidas, abiertas, frente al invisible atardecer y a la invisible pleamar homéricos; una última oración perturbada sólo por oscuras sombras, vacas de enormes manchas blancas que mansamente cabecean como un esforzado barco ante las olas contrarias, rozando la arena inagotable.

3

Palabras, escandidas palabras de un modo abrupto, torpe. Palabras del castellano que arman al margen otro idioma, una algarabía, transparente, musical, ininteligible, sino fuera por la sal ardiente de una ola levantada en el esfuerzo del barro que aspira al orden elemental, y que cambia (cabriolas de la luz cuyo límite se alza en la tiniebla), si una ola en el esfuerzo del barro no te nombra.

4

Fragmentos de la memoria, repentinos estados del orden y el desorden, humanos y olvidables.

5

Sobre la ladera fangosa, de cara al mar, en la noche, las quietas y alargadas sombras de las cruces, el rústico cementerio de los pescadores. Y la hierba vívida creciendo en las nutricias manos de los muertos.

6

Último resplandor, anaranjado, ocre. Mis pasos en la húmeda arena elástica, borrándose.

7

Silbo ensordecedor de la borrasca; la madera frágil, crujiente, retorcida. El mar atormentado visto a la luz de relámpagos, oído en un éxtasis de atabales, temido y deseado en jirones albas de humo.

8

Haces nerviosos de la luz de una lámpara que obstinadamente persiguen la huida caótica de una rata, sueño.

9

Proas innumerables, violetas, rosas, grises, tenues, lentas, acuosas; agujones que la aurora hinca en la iridiscente carne del mar.

10

Fulgor de la arena. Una redonda luna amarilla.

11

Al recordarme, qué difícil explicarle al cuerpo que había sido también ola.

12

Cánticos que recuerdan otra música, milenaria, mágica, tribal. Rítmico golpear de las palmas, cuerpos estremecidos, olvidados en la fe de un frenesí, y un dios recién nacido mientras crece el delirio.

13

Entre los escombros que el mar arroja o devuelve a la playa, inanimados despojos, aves marinas, sus picos, sus patas, cubiertos ya por un frío azul jaspeado. Igual, el ebrio, que algún sitio le da amparo, en ese desorden indolente del sueño.

14

Gaviotas de ojos negros, grises, sesgados. Gaviota repetida muchas veces sobre la rampa de cemento. Gaviotas que celebran como en un ritual sagrado, un balanceo, un baile, el embate del viento.

15

Una ola, la cúspide.

16

Mientras la irrisoria morada de barro y arena resista, el cangrejo regresa.

17

Hondas cavernas, templos sonoros, refugios donde el mar abreva su sed de agua dulce.

18

Y ella, la loca del caserío, con apariencia de niña viejísima, prosigue apacible caminando, el mentón caído sobre el pecho; ella obcecada, cuenta sin tregua la arena innumerable; ella, obsedida, la que espera el regreso imposible, saluda en un murmullo cortés al transeúnte, buenas noches, buenos días, buenas tardes, sobresaltada, como si fuésemos aquel extranjero que aún no la reconoce.

19

La avidez que socava y transfigura las márgenes, el límite. Un ímpetu mareado de brisa, de ola, de arena.

Días de parque en el año de la serpiente

“Sólo vine a mirar el jardín”

Lewis Carroll

A Alejandro Almario

Día 1

No una cadmia
no un algarrobo
no un samán ni una ceiba
no el tamarindo ni el mirto
milagrosos
ni el árbol del biyuyo o del mango
o el árbol de la semilla que llamamos chambimbe
o la higuera que devora árboles
para inventarse la ilusión de un volumen
ni el almendro ni el chiminango
de sombras generosas y almas cálidas
sino
esa hoja
primigenia
una hoja sola
que sueña este pleno medio día
este umbrío parque
que crece como la hierba
como la hiedra
en lo hondo atormentado de mis ojos.

Día 2

El colibrí
madrugador
de vuelo vertiginoso
cuánto ha de asombrar
el vuelo de otras alas.

Día 3

El canto del petirrojo
si diera una nota más alta
desvelaría
el oscuro sueño del búho.

Día 4

Aquel insecto
arbóreo
detestable como una plaga o una fiebre
cuyo almizcle
también es una defensa
cae y cae sobre esta página
como indicándome
qué palabra debo tachar.

Día 5

Cónicos nidos de tierra
que elaboran las hormigas
esforzadas arquitectas
altos volcanes ciegos
con un fuego urticante.

Día 6

Mi amigo Abrahamín
un joven de 17 años
que ya alimenta en la mirada
esa candela, ese infierno.

Día 7

Un gran favor me concede la niebla
deja que yo imagine
de modo distinto
aquello que ya no disfruto.

Día 8

Después del insomnio
el insomnio.
Otro desvelo
un sigiloso y continuo
corretear
una onomatopeya por los tejados.
Era un señor aguacero.

Día 9

Es ley de la selva
o
en este caso del parque.
Oh distraída paloma
ay las fauces sangrientas.

Día 10

Qué hacen esas dos guacamayas
verdes y viejísimas
repitiendo
el llanto inconsolable
de un niño.

Día 11

No hay pareja de novios
que permita que olvidemos
nuestro origen primario.
Mientras ella se acicala el cabello
él
vigila la espesura y el vacío.

Día 12

No pasa un día
en que yo
“no cargue con esta carga de *melangiosa* acedia”
como una cruz,
y en la noche sagrada de estrellas
el lenguaje alucinado de mi padre
reconstruyendo
linaje y epopeya.

Día 13

Marcos Nivia
e Iván Almario
ventarrones
que saben arrear
el aburrimiento y la estulticia.

Día 14

Ante este horror
yo prefiero el veneno y la muerte.
Bajo un cielo implacable
la piel pútrida de la serpiente.

Día 15

Arco iris
que abasteces de asombro
y de milagro mis ojos.
Es
porque en alguna parte
acaba de nacer un venado.

Día 16

Las cinco de la mañana de la luz.
No obstante las agujas vegetales
del ciprés y del pino
todavía sostienen miríadas de gotas
del aguacero anterior.
Ese júbilo de luna nueva
que se resiste al llamado de la tierra.

Día 17

1

Sedosa mancha
negra y blanca
en la nariz sensible
mientras en el extremo erguido y nervioso
de tus orejas
declina la luz
del sol de los venados.

2

Qué admirable sigilo
qué cuidadoso
qué alerta
y no das puntada sin dedal.

3

Lames y relames
con esa lengüita rosada
tus barbas táctiles.
Giras entonces tu ojo insidioso y ahí está el nido del bichofué.

4

Sobre el último ladrillo de la tapia
sepia y ardiente
yo
gato que huye
y soy ahora
un hilarante recuerdo.

Día 18

Azul pálido
la guirnalda que adorna
sobre un costado
tu cabeza
bella y esquiva mulata.
¿Azul pálido?
Nenúfar
loto
regina victoria
es por mis sueños
que regresas
oh África.

Día 19

Esa muchacha que pasa
su perfil
como esculpido por el viento
quién es
que habla consigo misma
¿acaso reza?
¿saborea un breve instante
que ahora es ya un recuerdo?
¿maldice acaso?

Día 20

Cada que ofrezco mi cuerpo
al agua de un río
mi perro y yo
sentimos
haber descendido al paraíso.

Día 21

Este radio Philips de pilas
también ha recogido café,
y puede usted no creerme
porque no sabe
cuántos trinos de la montaña
sintoniza.
Soy Pedro Luis
y he fatigado los campos de Colombia.

Día 22

Hasta los buitres
detestan a la muerte.
Hasta el último gusano
es alimento.

Día 23

Me cuentan que la salamandra
nació del fuego.
Ahora puedo creerlo.
Su canto es como si arreáramos
unicornios por bosques místicos,
ilumina
mis pasos oscuros.

Día 24

No lo puedo creer
no lo van a creer.
Sigo con mis ojos
el rumbo incierto de esa muchacha
pero
una ceiba enorme lo interrumpe
y la muchacha no aparece de nuevo.
Es
como si ella se hubiera ido a vivir
en lo más entrañable
del árbol.

Día 25

Entro a la galería
una plaza de mercado
y lo primero que se activa en mí
es el olfato.
Regresa a mi memoria
todo
es decir
lo mismo
antes que mis ancestros
imaginaran
la geometría y las pirámides
y el amor.

Día 26

Después del amor
él le indica un rumbo
entonces
ella
lo abraza.

Día 27

Yo
en mi sabiduría
sé
que los dioses existen
porque alguna vez
los negué.
Ahora
solo picotean semillas de árbol
a mis pies.

Día 28

Súbito de pellares
un vuelo
que encandila mis ojos.

Día 29

Si miras y aprendes
vas a descubrir
que salvo tú
o salvo yo
no pertenecemos
a otro mundo.

Día 30

Pensamiento mágico
el de la selva.
Hay un hongo específico
un alimento sagrado
y letal
para que cada plaga
no agote
su propio universo.

Día 31

Aquella carreta
tirada a mano
y repleta de frutos
de la tierra,
cuando llueve
me acuerdo de ella,
la lluvia que levanta
de la hierba
un aroma fogoso de hembra.

Día 32

A lo largo de mi larga vida
y a pesar
de que soy un observador atento
sólo he visto
a dos muchachas y a un muchacho
en ocasiones distintas
que cada quien bajo su propia luz
camina
con la sigilosa y serena majestad
de los felinos.

Día 33

He soñado con ellos
con ese ir
de tigre a jaguar a pantera.
He soñado con ellos
muchas noches, muchos años,
conmovido y feliz
y todavía me distraigo en la memoria
persiguiéndoles
para observar y asustarme
con el hermoso y latente
peligro.

Día 34

Resulta difícil saber
a qué grupo de la orquesta
pertenecen
las ranas del patio de mi casa
las cigarras del atardecer
los grillos que acunan mi desvelo.
Y como si aquello no bastara
en qué grupo de la orquesta
clasifico
cuando pasa zumbando el aire
un escarabajo volador.

Día 35

Timbre agudo del grillo
como agujones repetido.
Breve golpear de agua
el canto de la rana.
Cigarra
alta cigarra
altísima
yo escucho en tu voz
un nacimiento
una epifanía.

Día 36

Y zumba el aire un escarabajo
un abejorro
un cucarrón
y luego
es ya el aire
música esmeralda
negro carbón
miel ocre
gris mate
oro
la música del aire.

Día 37

Los grillos y las ranas
cómo alternan su recital
en los charcos crapulosos
del patio de mi casa
cuando en la noche
la luna
anegada de fango
dibuja
como en un espejo
ese vuelo ciego
de murciélagos.

Día 38

Anoche tuve un sueño.
Era el alto mediodía del trópico.
Una muchacha
con perfil de aristócrata maya
pulverizaba un bloque de hielo
en una siseante máquina manual.
Ocurría en cámara lenta
y a cada revolución de su brazo
su rostro cambiaba a otro rostro
y a otro rostro.
Massú, una tía, a sus 24 años
poco antes de que yo naciera.
Nubia, mi madre, luminosa y efímera
en una borrosa fotografía de agua.
Virginia, mi abuela,
ay Virginia
estoy seguro de que nadie
otro
en tu familia
escuchó ese último aliento de agonía
aquellas palabras
de ruego, de súplica,
ay mijo
ojalá y Dios me pida que regrese.

Día 39

Níkala
perteneces
a una lengua legendaria y misteriosa
yo te reconozco
oh Níkala
yo supe verte
aquel día.
Eras gota de agua
llovizna
lluvia.
En tu frente
hay nieve cálida
en tus ojos
se fragua un sol insomne
del Caribe
y tus manos frágiles
nos acercan
más pleno
más verdadero
a otro mundo.

Día 40

Ivalú

Yo no sé decir tu nombre.

Apenas recién germinas.

Apenas ayer

sembré en la tierra

unos tantos granos de mandarina.

No he dormido hoy

para que crezcan en mi oído

la noche

y mi corazón que le consagré a la vida.

Día 41

¿Se ha topado usted
de súbito
mientras camina entre los árboles
con esa araña
de largas patas góticas
plegables
esa araña
como levitando en su hebra
seda dúctil e irrompible
adherente?
¿Ha observado usted
que esta araña
con sus largas patas góticas
parece
como si durmiera
arrullándose de estrellas?

Día 42

En ti
arcoíris
en tu vientre fabuloso
habita una serpiente de agua
y son sus escamas
líquidas gotas
y cada vez
que cambia de piel
nace un río
en la faz de la Tierra.

Día 43

Sobre el horizonte
se vislumbran de muy lejos
parecen
una horda de bárbaros
inmóviles a la distancia.
Apenas si alcanzo a verlos
sus yelmos cónicos y espirales
del color del nácar.
Eso imagino
cada vez que en el patio de mi casa
descubro a un grupo congregado
de caracoles de tierra.

Día 44

Nacimientos de agua
en la montaña
oh Marcos
entre la niebla
entre la brisa
entre el musgo
por esa declinada ladera
el nacimiento
por esa grieta de la tierra
acolchada de hojas parásitas
como un pubis,
cuando tu nariz
cuando mi nariz
religiosamente
olíamos el mineral olor del agua
escuchábamos
desde el ombligo de la tierra
por ese camino de hojas pardas
como un llamado de musgo
de sirenas.

Día 45

Son tan dóciles, tan familiares,
tan próximas al corazón.
Es música, música para mi oído.
En mis ojos son música del color del arcoíris.
Yo las respiro
y son humo entre mis dedos
cuando
ocasionalmente
me siento en el patio de mi casa
y fumo y fumo un tabaco amargo
y soy consciente de que mi destino
es esta oscura ceniza
y entonces ellas
la música
vienen a descansar sus alas
en mis rodillas.

Día 46

Cuando abrazo el rugoso tronco de un árbol
siento igual
que cuando le estrecho la mano a mis amigos.

Día 47

Este mínimo embudo de viento
este vórtice
donde circulan
en espiral el polvo y pequeñas hojas marchitas
quizá no se detenga
quizá en unos días
aparezca al otro lado del planeta
convertido ahora
en torbellino apocalíptico
cuyas fauces
escupen fuego y diluvio.

Día 48

Sólo una tapia de adobe cocido
nos separa
puedo verlo desde lo alto
después que ha anunciado
con su repicar de campana
el advenimiento de la luz de otro día.
Puedo verlo como se queda quieto
muy quieto
bajo la sombra de una planta silvestre
y mira absorto las codiciables
semillas recientes
y brinca y picotea
y otra vez inmóvil, absorto,
y otra vez brinca y picotea.
Qué envidia me provoca
la diaria jornada
de este querido viejo gallo
del color del maíz.

Día 49

El vuelo de regreso
el vuelo simétrico
como de bumerang
de las garzas blancas
como el algodón
de las garzas oscuras
de pico amarillo como pitillos
de los bulliciosos coclíes
ese vuelo que arrastra con sus alas
la insoslayable promesa
del sueño.

Día 50

Se oye como un rebato de campanas
es el nadir
es el cenit
es el orto
otros nombres del tiempo.

Día 51

Le pregunté a mi prima Esneda
por la suerte de mis mayores
y que voy sintiéndome cada vez más solo
porque les piden que regresen.
Respondió.
Quien haya sembrado semillas
no se va
no antes.

Día 52

Demasiadas cosas recuerdo
demasiadas y demasiado.
Pero un día mi padre
y no lo olvido
hizo un largo viaje
para entregar ese fruto sagrado
que agradecemos los niños.
Su rostro bellissimo
y un milagro triangular
con vaporosa cola de gato
y que flotaba.

Día 53

El muchacho del parque
a las seis de la mañana
su magnética presencia
convoca un enjambre
de torcazas silvestres y de perros vagabundos.

Día 54

No existe nadie más libre y pensador
que un gato.
Yo le ordeno
al perro callejero
que se aproxime y que se tienda
y que me acompañe.
No hay en él
sombra de duda.

Día 55

Mi madre
que por suerte no superó
ser
la jovencita de antes
entre muchas angustias del espíritu
sufre
e inventa valor en su cuerpo colapsado.

Día 56

Lo que llaman
un milagro
no se repite
y puedes esperar el resto de tu vida
inútilmente.

Día 57

Tengo un ángel de la guarda
desde muy niño.
Ella me lo dijo.
Vi sus alas aleteando a través de la ventana
y no me arrepiento.

Día 58

En la esquina
de las seis de la mañana
solo podía mirar
tus enormes ojeras.

Es
como si todo lo oscuro
de la noche
se hubiera colgado
de tus ojos
niña
niña de la esquina.

Día 59

Un guayacán amarillo
aparece
y alumbra
todo el medio día.

Día 60

Y la luz
la luz
en mis sueños
que hace visible
tu amado perfil
la cresta de los árboles
y tus líquidos besos.

Entidades aportantes:



Imprenta Departamental
IMPRETIC'S

Este libro se terminó de imprimir en la Imprenta Departamental,
en diciembre del 2017, con motivo de los 150 años
de la publicación de *María*, de Jorge Isaacs